

treinta, fecha de «Nuestro Cinema», había dejado ya de ser el espléndido baluarte que representarían realizadores como Eisenstein, Vertov, Dovjenco...—, las críticas al cine norteamericano que se exhibía sin restricciones en nuestro país (mientras que el soviético sufría las cortapisas de la censura) eran de una virulencia tremenda. Reconozcamos que los argumentos que algunas de estas críticas exponían siguen siendo de una enorme actualidad: «Cualquiera que, desconocedor de la presente situación política y social de nuestro mundo, pudiese ver uno de los films que la industria yanqui o alemana se encarga de presentarnos cada temporada, creería razonablemente que la situación de Europa, de América, no puede ser ni más próspera ni más clara (...) El espectador medio desea ver otra cosa que el beso final de la mecanógrafa y el hijo del patrón; o que la esposa se vaya a un baile de máscaras con su querido, expuesta, claro es, a que el marido lo descubra todo y se arme un escándalo» (2).

«Los problemas de todos los días, los problemas vitales, como los sin trabajo y el desarme, han sido excluidos de las pantallas, porque demostrarían muy claramente la quiebra del sistema capitalista» (3).

Sin embargo, el carácter mecánico de esta crítica cinematográfica llevaba a sus autores a esquematizar la realidad de otros films que se veían. La necesidad de una lucha revolucionaria (aún vigente), el ardor de la combatividad, impedía en ocasiones la contemplación desapasionada de una serie de títulos cuya importancia desmitificadora (o incluso revolucionaria) no fue entendida en su momento. El caso de Luis Buñuel, por ejemplo, fue típico: hasta que en el documental «Las Hurdes» se inclinara hacia una problemática directamente social, «Nuestro Cinema» lo marginaría («Un chien andalou», agrio, molesto, arrítmico en muchas de sus partes, provocó los mayores entusiasmos y los más furibundos ataques: sencillamente porque significaba un algo entre las bobadas surrealistas al uso» (4). O el desprecio a películas de Von Sternberg y Fritz Lang que, años más tarde, descubrirían más elementos de interés que los que «Nuestro Cinema» vio.

(2) José Castellón Díaz.

(3) Joris Ivens.

(4) José Castellón Díaz.

La excepción —dentro de esta Antología— marcada por una apasionada crítica de Juan Piqueras (fundador y director de la revista, «que tuvo la mala suerte de apearse en una estación de ferrocarril en julio de 1936», según comentan los autores del libro) a una película de George Cukor no señala la tónica general de la publicación: «El cine tiene la equivalencia del mitin o de la acción política directa. Una multitud que termina de ver un film de ideas afines, sale a la calle dispuesta a todo» (5).

La valoración mecánica (el cine soviético es siempre importante; el resto, capitalista, reaccionario y despreciable) junto a una combatividad no exenta de cierta ingenuidad, quizá trasplantada a nuestra época no hayan desaparecido del todo. De ahí que «El cine como arma de clase» no sea sólo un libro fundamental para la comprensión de una etapa del cine español —y de una etapa de España—, sino una obra totalmente vigente que ayuda a la meditación y a la toma de postura cara al fenómeno cinematográfico. Si bien no es correcto calificar de «materialista» el «estudio, investigación y análisis del hecho cinematográfico y del hecho filmico» que hizo «Nuestro Cinema» (como afirman los autores del libro), sí es cierto que, dentro de la tensión de la época, conduce a una visión del cine que hoy, de alguna manera, hay que recuperar. ■ DIEGO GALAN

(5) Juan Piqueras.

ROMA, DESDE EL MATERIA- LISMO HISTORICO

La historiografía romana con que contamos en nuestro país sigue, por lo general, los criterios liberales de Mommsen o los principios de un pragmatismo imperialista heredados, sin demasiado rebozo, del fascismo. En ambos casos, al margen de la erudita acumulación de datos

que aparecen en estas obras, la interpretación de la Historia de Roma se realiza a partir de categorías políticas y éticas contemporáneas al autor. Personajes y hechos históricos sirven ante todo de ilustración y precedente a las contradicciones del mundo del autor. Unos y otros son asumidos en su formulación exterior, y casi nunca refrendados por la naturaleza objetiva de los acontecimientos vistos desde la totalidad social romana.

En este sentido es necesario reseñar la reciente reedición manual de la «Historia de Roma» de S. I. Kovaliov (1). Obra de cierta amplitud, sus dos volúmenes analizan pormenorizadamente la evolución de Roma desde su nacimiento como Ciudad-Estado, su largo período republicano y la constitución y desin-



tegración de su gigantesco Imperio. Sin duda, lo más importante de la obra que tratamos es la base teórica de la que parte todo el análisis. Kovaliov utiliza el materialismo histórico como aparato crítico y analítico de los hechos, contradicciones y personajes de la Historia romana. El resultado es tremendamente esclarecedor. Las diversas etapas de evolución de la República: las guerras civiles, César, Augusto, el Imperio, el cristianismo, la desintegración de la autoridad romana, etc., surgen como

(1) S. I. Kovaliov: «Historia de Roma». Editorial Akal, Madrid, 1973 (1.ª edición). Madrid, 1976 (2.ª edición, de bolsillo).

un resultado de complejas luchas de clases e intereses. El indudable papel del gran hombre en la Historia queda confrontado y ligado a la totalidad social en que vive.

La metodología científica utilizada por Kovaliov nos muestra el proceso real seguido por Roma en su Historia. No hay subjetivas aproximaciones contemporáneas, sino reflexión sobre el pasado que explica aspectos importantes del desarrollo humano. Los mitos sobre la libertad y la tiranía, lo justo y lo injusto, medido a partir de nuestros principios éticos contemporáneos, dejan paso al análisis de la naturaleza del modo de producción esclavista, a su evolución, contradicciones, fuerzas productivas y clases. Como dice él mismo en su introducción, «elevando el sistema esclavista a su máximo desarrollo, Roma llevó al mismo tiempo a la máxima agudización todos los contrastes sociales que este sistema produce. Nunca en la Historia del mundo antiguo las contradicciones entre libres y esclavos, entre ricos y pobres, alcanzaron tal intensidad como en la época romana».

S. I. Kovaliov editó su libro en la Universidad de Leningrado en 1948. No puede extrañarnos que en algún momento el autor cite textos de Stalin como reflexión sobre la Historia romana, en particular la afirmación de que «la época romana creó las premisas de aquella revolución que 'liquidó' a los propietarios de esclavos y suprimió la forma esclavista de explotación de los trabajadores» (2), que sirve de orientación global a toda la obra. Domingo Plácido señala, en el prólogo de la edición que comentamos, algunas insuficiencias detectables, producto de la fecha en que esta «Historia de Roma» fue escrita, cuando muchos aspectos de este período eran todavía muy oscuros. También señala la contradicción que existe en ocasiones entre ciertas afirmaciones y el puntual relato de los hechos. Sin embargo, el mecanicismo en la metodología marxista, que ahogó el análisis científico en los últimos años del estalinismo, no se deja sentir en este caso. Por eso creo, como lector interesado y no como especialista, que es ésta una magnífica aportación a la historiografía de Roma. ■ **JUAN - ANTONIO HORMIGON**

(2) José Stalin: «Cuestiones del leninismo». Editorial Problemas, Buenos Aires, 1947.

LA HISTORIA EN LA ESCUELA

Sólo quien cierre los ojos a la realidad podrá dudar minimamente de la urgencia de un replanteamiento radical de los sistemas pedagógicos tradicionales a todos los niveles. Tal necesidad, si bien no es privativa de nuestro país, cobra aquí si cabe mayor apremio por culpa del asfixiante corsé ideológico que ha soportado entre nosotros la enseñanza durante los últimos cuarenta años de franquismo.

Hasta hace muy poco, una asignatura como la Historia seguía impartándose en nuestras escuelas como si jamás hubiese existido un hombre llamado Carlos Marx: se ofrecía, en cambio, a los alumnos una indigerible retahíla de fechas y de nombres con olvido absoluto de eso que Max Weber, que no era, como sabemos, ningún marxista, llamó «Historia económica».

Justo es reconocer que recientemente se ha producido un ligero avance en el enfoque didáctico de los temas históricos y culturales en general, y así vemos cómo al abordarse en los libros de texto la producción literaria o artística de tal o cual período se hace referencia al marco socioeconómico en que se inscribe. A pesar de ello, en la mayoría de los casos, los libros de texto siguen adoleciendo de una aridez expositiva que hace que los escola-

res consideren todavía el estudio como una fatigosa y desagradable tarea en lugar de una actividad en todos los sentidos estimulante.

Tal vez sea precisamente lo que tienen de reacción contra ese esquematismo que lastra a buena parte del material didáctico disponible, lo que presta mayor interés a los volúmenes hasta ahora aparecidos de la «**Enciclopedia Monográfica Avance**».

Por lo que respecta a las monografías de tema histórico, que son las que aquí nos conciernen, conviene destacar cómo en ellas se renuncia a la clásica presentación de la Historia como algo muerto y rescatado en última instancia de los más empolvados archivos, en favor de una aproximación lo más viva posible al mundo imaginario del adolescente. Se ha tratado, en una palabra, de comunicar al pretérito inmediatez y animación de presente.

Para ello se ha recurrido a un sugestivo empleo de imágenes de indudable valor testimonial, así como —y éste es el aspecto, en mi opinión más interesante— a una variada intercalación de citas de documentos literarios, jurídicos, administrativos, etc., del período en cuestión. El mosaico así constituido ilustra de modo fehaciente, no los grandes fastos y efemérides, de los que da puntual noticia cualquier libro de texto, sino las circunstancias y condiciones en que hoy sabemos que se desarrolló la vida cotidiana del ciudadano de la Atena de Pericles o del artesano de cualquier burgo medieval, por ejemplo. Así se nos describen con jugosa profusión de detalles no sólo instituciones jurídicas o sociales, sino también ritos y costumbres, modas indumentarias, hábitos alimenticios o actividades de la mujer —esa gran olvidada de los libros de Historia—, aficiones y juegos, etc.

Resulta cuando menos significativo el que, entre los volúmenes programados, haya uno dedicado exclusivamente al fenómeno de la Resistencia como complemento al de la de la Segunda Guerra Mundial. Es una prueba más de la originalidad de enfoque de esta Enciclopedia que es, de hecho, la adaptación española de una colección italiana —«La Ricerca»—, fruto a su vez de las experiencias pedagógicas de un grupo de maestros integrados en el progresivo «**Movimiento de Cooperación Educativa**». ■ **JOAQUIN RABAGO.**

